

Introducción:

Movimientos sociales, tecnología y democracia.

Una relación conflictiva

José Candón Mena. Universidad de Sevilla

Lucía Benítez-Eyzaguirre. Universidad de Cádiz

A la hora de plantear los vínculos entre movimientos sociales y tecnología corremos el riesgo de abordar la cuestión desde el determinismo tecnológico y relegar el análisis de su verdadero potencial transformador tanto del pensamiento subjetivo como social, es decir, de las formas y posibilidades de vida. Los movimientos sociales interrogan los modos de ver y hacer, la naturaleza del poder y las estructuras de la organización colectiva que, precisamente por ello, se entienden como subversivos y amenazantes. De la misma forma, la capacidad transformadora de las tecnologías se encuentra en las posibilidades que brinda de otras maneras de comunicación, de organización y de opciones de vida que no están en su propia naturaleza sino en las formas de hacer y ser de lo humano y colectivo. Por ello, aquí proponemos una mirada a los hechos y cambios que la acción local y colectiva acompañada del uso tecnológico muestra sobre la doble dimensión política de ambas realidades que, cuando operan de manera conjunta, intensifican las transformaciones y el horizonte de posibilidades resultantes.

El desentendimiento social hacia las trayectorias que los tecnólogos y científicos marcan sobre el futuro y las necesidades humanas resulta paradójico cuando se viene presentando como responsable de la construcción colectiva, en el olvido de que el uso y la voluntad de establecer vínculos permanentes y sólidos entre las estructuras tecnológicas son los que marcan definitivamente su naturaleza política y la organización colectiva. De la misma forma, la paradoja reside en que en paralelo al desapego sobre el desarrollo tecnológico y del conocimiento se registra también la concentración y apropiación de las grandes corporaciones, con estrategias comerciales y económicas que condicionan nuestro cotidiano, mientras las posibilidades que ha abierto el uso de las TIC reestructuran lo social con nuevos modos de entendimiento y organización de gran alcance y velocidad hasta lograr contestar por otras vías y otros modos, descentralizados, distribuidos y con una cultura de redes, la lógica monopolística del poder económico y político. Todo ello es una muestra de que la voluntad colectiva tiene capacidad de contestación a la apuesta determinista diseñada por los

grandes sectores mercantiles cuando la creación, la colaboración, la socialización de los bienes y la expresión pública y colectiva dibujan un escenario al alcance y la medida de lo social.

Con este abordaje, tratamos de enriquecer el simplismo analítico que, bajo la fascinación por la capacidad de la tecnología, entiende como determinante su papel en los logros de la acción colectiva, ocultando que estas opciones de lo técnico no son neutrales ni deterministas sino que son, como en cualquier faceta de lo humano, parte de las elecciones singulares y colectivas sobre los modos de mediación e interacción, sobre las posibilidades de comprensión y de organización social. El impresionante desarrollo de la tecnología humana no hubiera sido posible sin la cooperación social a través del lenguaje (primero hablado, luego escrito, más tarde impreso). El hombre es un ser social incluso antes de disponer del lenguaje y la tecnología, incluso antes de ser hombre (ya que evoluciona a partir de homínidos sociales). Resulta pues lógico que el lenguaje sea una institución social. La propia tecnología es también fruto de la cooperación social, transmitida de generación en generación a través del aprendizaje y la socialización. Fruto del trabajo humano socialmente coordinado.

Pero la tecnología, producto social del hombre, modifica también las bases sociales en las que surge. Tiene consecuencias, a veces inesperadas, en la propia organización social en que se concibe. La producción de alimentos, con la agricultura y el pastoreo, generó excedentes que mejoraban la capacidad de supervivencia, pero también permitió la acumulación y la estratificación social y de género, organizaciones políticas fuertemente jerarquizadas, imperios. La industrialización, tras una fase inicial de utopismo progresista, abrió el debate sobre la "cuestión social", la alienación y la pauperización de las masas proletarias. La paradoja del desarrollo tecnológico es que invenciones que en teoría mejorarían sustancialmente la vida humana pueden acabar, en la práctica, sometiendo a la mayoría de la gente a condiciones de vida más duras que las precedentes.

Sabemos por los antropólogos que en las sociedades agrícolas la mayoría de personas trabajan más horas y con mayor fatiga que en las sociedades forrajeras de cazadores y recolectores y, en ellas, se forzó a que la mujer asumiera un estatus de mayor sometimiento. Que la irrigación de los campos está relacionada con la jerarquización social y la creación de estructuras políticas imperiales. Que el liderazgo débil y meramente consultivo de las sociedades forrajeras, basado en las capacidades especiales, el trabajo y la generosidad de los "grandes hombres", se transforma en liderazgos ejecutivos, basados en la explotación, de reyes por derechos de sangre o divino en las sociedades agricultoras.

La tecnología nace de un contexto social e influye en la misma sociedad en la que surge. Si esto es cierto en general, resulta aún más evidente para las tecnologías comunicativas, ya que el lenguaje y la comunicación son la base de la sociedad humana y, por tanto, no sólo transforman el campo de lo social sino que están en la esencia de la creación nuevos derechos de la comunicación y políticos. La comunicación, como primera y esencial tecnología, así como el resto de sus desarrollos -entre los que se encuentran las TIC- prescribe modelos de organización social, así como escenarios políticos y derechos ciudadanos, pero nunca determina su desarrollo futuro.

La escritura no solo permitió la trasmisión de conocimientos acumulados a través de las generaciones sino que también, apropiada por las elites políticas surgidas de la revolución agrícola, sirvió para la organización burocrática de los grandes imperios y al dominio simbólico de la religión. La difusión y el modo de producción de la imprenta derivaron en el derecho a la libertad de expresión como elemento esencial de la participación política en la modernidad a través de la aparición de la esfera pública, de la circulación de opiniones. La radio y la televisión estimularon el individualismo y la democracia de masas, pero también la apropiación informativa y la mercantilización de la información. En paralelo, surge el derecho a la información como el acceso plural, igualitario y efectivo a los espacios de información, debate y comunicación, así como el ejercicio del control sobre sus restricciones hasta el logro del derecho de acceso a la información pública y a la transparencia. El contexto tecnológico avanza así hacia la reivindicación de una comunicación más flexible y plural, hacia una organización social más horizontal y participativa.

Cada medio de comunicación prescribe en parte un modelo de organización social, pero nunca lo determina porque es la sociedad la que decide y son los usos los que construyen el escenario de interacción y las posibilidades de futuro en un complejo proceso de lucha y negociación entre las tendencias de apropiación y de colaboración entre diferentes sectores e intereses.

Frente a la falacia de una democracia basada en el consenso, es necesario recuperar el aspecto conflictivo de la política y el papel de la democracia como forma de dirimir y transformar esos conflictos por vías pacíficas. Si los mismos gobiernos que censuran la red, privatizan la tecnología, vigilan a los ciudadanos y se ensañan con aquellos que liberan la información que les compromete - como ha ocurrido en los casos de Assange o Snowden- se presentan como ejemplos de transparencia, gobierno abierto o de pluralidad en el acceso a las TIC, debemos sospechar que ante una propuesta de "democracia digital", se esconde realmente la de una "democracia virtual", esto es, cada vez más ficticia y, desde luego, más autoritaria.

La crisis de representación de las democracias contemporáneas no puede atribuirse a una falta de medios que podría resolver la técnica y la tecnología, sino a la falta de voluntad, que solo puede solventarse políticamente. Para que partidos y gobiernos hegemónicos aumenten verdaderamente la participación, no es necesario Internet sino favorecer la pluralidad en los medios de comunicación tradicionales, respetar sus promesas electorales, aumentar las consultas a la ciudadanía sobre las cuestiones esenciales.

Si en el pasado la imposibilidad del debate en grandes grupos justificó el paso de la participación directa -como era perceptivo en el ágora griega- a la representación de las democracias modernas, las posibilidades de comunicación horizontal, bidireccional e interactiva de masas en internet deberían invitar al menos a explorar nuevas formas de desrepresentación y participación directa. Pero también es evidente que Internet es una poderosa herramienta de vigilancia y control capaz de materializar las peores distopías autoritarias como la "sociedad panóptica" de Foucault, el "Gran Hermano" de Orwell o la visión de Deleuze sobre la "sociedad de control".

Las utopías y distopías forman parte de lo imaginario, prescriben las trayectorias que materializará a historia. Como defendemos, nunca fueron las meras capacidades técnicas las que hicieron avanzar los derechos, las libertades y la democracia, por mucha importancia y por mucho que se destaque su papel. La imprenta garantizó de manera formal la libertad de expresión pero también las intensas guerras de religión. La democracia representativa se impuso sobre el Antiguo Régimen a través de la Ilustración y la Enciclopedia, pero también por el uso de la guillotina por parte de los movimientos revolucionarios. Para el logro de una democracia radical, a partir de la crisis de la democracia liberal, habrá de hacerse uso de internet pero también de nuevas luchas y de la acción combativa de los movimientos sociales que cuestionan los modos y el hacer dominante.

De la misma forma, los flujos transnacionales permiten la construcción de otras lógicas democráticas a la medida de la globalidad en función de la multiplicidad de contactos e interacciones que fomentan nuevos entornos de socialización y vínculos generativos de la reconfiguración identitaria, sobre la base de un mundo en permanente dinamismo y transformación.

Internet solo será un aliado de la democracia de la mano de actores sociales que porten nuevos valores democráticos. Solo la alianza cada vez más evidente entre movimientos emancipadores y las nuevas tecnologías hará de éstas un instrumento liberador. Por eso, este libro colectivo pretende mapear estas alianzas en distintos países del mundo. Ya sea contra dictaduras o regímenes

formalmente democráticos, se multiplican los ejemplos de movimientos sociales que usan las TIC para reclamar derechos y participación en sus sociedades.

Antes de abordar ejemplos concretos, el texto comienza con unos capítulos introductorios que enmarcan la lectura posterior. Primero, de la mano de Ángel Calle, con un repaso a los movimientos sociales globales, a los "gritos de rebeldía" que resuenan en este accidentado inicio de siglo. Luego, Emiliano Treré realiza un recorrido sobre la "resistencia digital" y los debates sobre el ciberactivismo que se remontan al levantamiento zapatista y llegan a nuestros días, planteando nuevos desafíos. Finalmente, el texto de Francisco Sierra sobre cibercultura y nuevos movimientos urbanos servirá de punto de unión en esta reflexión colectiva con una pata en la tecnología y otra en la sociedad, una en la virtualidad del ciberespacio y otra en la ciudad y los lugares físicos de encuentro, producción y reproducción.

Estas reflexiones generales servirán para situar al lector antes de abordar el análisis de la peculiar relación entre tecnología y movimientos sociales a través de diferentes expresiones en distintos lugares del mundo. No se pretende abarcar una relación detallada, pero sí realizar un recorrido a través de ejemplos que cubren al menos algunas áreas geográficas destacadas para descubrir dinámicas, estrategias, aspectos comunes del fenómeno en la globalidad mientras se detallan la singularidad y características de sus expresiones locales. En Europa, "Il Movimento Viola" italiano (Emanuele Toscano), la "Geração à Rasca" y "Que se lixe a Troika" en Portugal (Patrícia Dias y José Gabriel Andrade) o el 15M español (José Candón); en el mundo árabe el "Movimiento 20 de Febrero" de Marruecos (Lucía Benítez) y las protestas en Turquía (Aslı Öcal); en América Latina el "Yosoy132" mexicano (Jesús Galindo y José Ignacio González) o las protestas en Brasil (Bruno Cava, Giuseppe Cocco y Marcela Canavarro); y en el mundo anglosajón el movimiento Occupy (José Ignacio González).

Movimientos que lucharon contra monarquías dictatoriales (Marruecos), democracias autoritarias (Turquía) o bipartidistas (PP y PSOE en España, PRI y PAN en México). Contra el poder financiero de los mercados (Occupy) o las políticas de ajuste estructural de las instituciones supranacionales (Portugal). Que enuncian nuevos discursos frente al monopolio de la palabra de los medios tradicionales (Televisa en México, el imperio Berlusconi en Italia). Que reclaman el espacio urbano frente a la ciudad marca (protestas contra el mundial en Brasil), tomando las plazas (la Puerta del Sol, el parque Gezi) y las calles, pero también las redes.

Movimientos que responden a contextos nacionales pero se inspiran unos en otros y comparten discursos, prácticas, motivos... Al fin y al cabo, en todos los lugares actúan las mismas fuerzas globalizadas y en todo el mundo se siente un malestar global, una crisis de legitimidad y de representación. En todos los lugares resuena la reclamación de una democracia real (el 15M español), auténtica ("#YoSoy132" en México) o popular (el Movimiento 20F en Marruecos). Y en todos los países, con un mayor o menor grado de apropiación, priorizando unas u otras herramientas, los movimientos usan la tecnología para abrir brechas en la agenda mediática dominante, establecer puentes entre activistas y movimientos y replantear nuevas formas de organización, de acción y de participación política y social.

Lo esencial de la tecnología se encuentra en el uso y el acceso, cuestiones que responden a las preguntas de ¿Qué se puede hacer? y ¿Quién puede hacerlo? Si en los inicios de la escritura su potencial emancipador fue sometido por el monopolio de escribas, copistas y amanuenses al servicio de la Iglesia y los imperios, la imprenta sirvió para ampliar el acceso a los textos y para configurar un nuevo espacio público. Hoy, cuando los monopolios mediáticos han copado ese espacio, internet y las TIC abren una nueva brecha, ampliando el acceso a un nuevo ciberespacio público más democrático y participativo.

El uso que hagan de ella los movimientos sociales emancipadores y la sociedad será por tanto lo que defina el papel de la tecnología. Por sí solas las TIC no tienen por qué acarrear una regeneración de la política en términos progresistas. Es necesario tener en cuenta al menos tres posibles escenarios, no excluyentes, de incidencia de las TIC en la democracia: que puedan ayudar a solventar algunos de sus problemas, que pueda llegar a agravarlos, o que incluso pueda crear nuevos problemas antes inexistentes. Que se impongan unas u otras opciones dependerá del resultado de nuevas luchas sociales en las que, eso sí, internet y las TIC serán un arma fundamental.